

LA NOVELA DE
HOY



UNA CHULA DE
CORAZON

30
cts.

POR
PILAR MILLAN ASTREY

MAYOR ANGEL

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA JOSE ANTONIO, 10
ZARAGOZA



**¿QUIERE USTED
CONOCER NUEVA
YORK?**

LEA LA APA-
SIONANTE
NOVELA

ANTICÍPOLIS

por **LUIS DE OTEYZA**

5 ptas.

Ciap. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15
MADRID

LA NOVELA DE HOY

AÑO X DIRECTOR: PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ Núm. 482

■■■■■■■■■■ Madrid, 7 de agosto de 1931 ■■■■■■■■■■

Una chula de corazón

Dedicada a todas las mujeres de barrios bajos

POR

Pilar Millán Astray

Ilustraciones de Miguel Angel



EDITORIAL ATLANTIDA
LIBRERÍA FERNANDO FE. — Puerta del Sol, 15. — Madrid
C. I. A. P.—Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Apartado 33

6245-2496

EN EL PRÓXIMO NÚMERO
PUBLICAREMOS

UNA MALA PERSONA

por

JUAN PUJOL



ILUSTRACIONES D
AUGUSTO

4400
5074

PQ
6623
M:4
C58
1931
MAIN

Os ofrecí una novela corta; hoy cumplo mi promesa, poniendo en mi labor el gran cariño que siento por vosotras.

Pilar Millán Astray.

I

La señá Longina, puesta en jarras frente a su hijo Sandalio, soltaba bravía el chorro de su elocuencia.

—¡Así: ahí sentao tranquilamente mientras a mí se me está quedando seco el galillo de tanto hablar...

—¡Pero, madre! ¿qué quiere que le diga si usted se lo habla todo y no puedo meter baza ni a la de tres?

—¡Si quien es la causante de todo es esa galocha que t'ha tocao en suerte!

—¡Madre!

—¡Si es lo más descarao y ruin de la plaza de la Cebá! ¡Si es más falsa que las pesetas que mete en el cambio que da todas las mañanas! ¡Bien supo Dios por qué no le dió hijos! Por qué la privó de esa alegría que le quita el sueño y la tiene rabiosa de envidia. ¡Once he tenido yo y a los once os crié y os dí una educación muy esmerá para que pudie-

ráis ganáros la vida, y por vosotros he vendido miles de carros de verduras y he aguantao el frío del invierno y el calor en el verano!; pero nunca os faltó ni un pedazo de pan ni un plato de cocido.

¡Mira tú si ahora, después de todo esto, iba a sufrir los desprecios de una nuera que en su vida ha sabido lo que es buena crianza, porque la soleta de su madre era la vendedora más descará del mercao!

—¡Pido la palabra!...

—¡Dime que tié razón esa sinvergüenza y te cruzo la cara!

—Pero...

—¡Manzano! Pa mí siempre serás mi hijo, aunque tengas más barbas que San Antón. ¿Quieres algo?

—¡Que me diga usté lo que le hizo la Patro pa ponerse tan furiosa!—respondió Sandalio tomando aliento.

—¡Nada!; que cuando iba a subir a casa de don Julián, el médico, quise acompañarla y me dejó plantá en la calle Toledo con dos palmos de narices.

—¡Como el lunes armó usté aquel escándalo tan grande dentro la clínica!...

—¿Y por qué fué, desagradecido? ¡Porque te defendí como una leona cuando dijo que tú tenías la culpa de...!

—¡No hable más de aquello, madre! Mire que si entra la Patro se van a enganchar otra vez...

—¡La tiés miedo! ¡Cobarde, gallina!



my great angel

La voz de Gerineldo, el hijo más pequeño de la señá Longina, vino a interrumpir el diálogo familiar.

—¡El “Unamuno” la hinca, tié los ojos vidriaos y las lanas lacias!...

—¡Pues nos ha jorobao el perrito!—respondió Sandalio contrariado—. Bien pudo aguantarse hasta mañana, que ya estaría en casa de la condesa.

—¡Le he dao la medicina que mandó el veterinario y como si llamaras a Cachano con dos tejas!

—¡Cuarenta duros perdidos! ¡Maldita sea su estampa!

—Oye, niño—observó la verdulera, torciendo el gesto—. ¿Tanto te interesa el chucho que no t'has fijao que tienes delante a tu señora madre?

—¡No la había visto!

—Pues abre los ojos. ¡Mira que el oficio que habéis escogido se las trae! ¡Vendedores de perros!

—¡Si es de los más finos! Como los animalitos con que yo trafico son de lujo, no los pueden comprar más que las personas distinguidas y elegantes...

—¡Con las criaturitas que hay por esos mundos muriéndose de hambre!

—¡Ya está ahí la Patro!—dijo Gerineldo.

En la puerta de la modesta salita apareció la figura hermosa y arrogante de la chula más chula y más castiza de barrios bajos.

—Buenas tardes.

—Muy güenas—respondió agresiva la suegra.

—¿Ya le contó usted a su hijo el escándalo que me acaba de dar en la calle Toledo porque no me dió la resaladísima gana que subiera a casa del médico?

—El escándalo lo diste tú para que se enterara todo el público de lo que no le importa...

—¡Tié usted la cara de cemento armao, señora!

—¡Anda, mal hijo, quédate bien callao, que están insultando a tu madre! Pero no hables, que no me haces falta pa defenderme yo solita de ese basilisco con faldas.

—¡Naturaca! ¡Como que es usted el sargento y toda la compañía junta! ¡Qué guasa! Querer subir a la consulta conmigo. ¡Guay!

—¡Si no tendrás hijos! ¡Si no los tendrás!

—En cambio usted echó al mundo diez, como las conejas.

—¡Once, pa que te chinchés!

—¡Mire que lástima!, por uno más los apóstoles.

—¡Basta! ¡Basta!—suplicaba Sandalio, tratando de calmar a las dos mujeres.

—Madre, usted no debía ir detrás de la Patro cuando va a sus cosas—observó tímidamente Gerineldo.

—¡Toma, pa que la defiendas!, y acompañando el dicho al hecho, le arreó un pellizco al pobre muchacho que le hizo poner el grito en el cielo; y aho-

ra te vienes conmigo a recoger las cestas de verdura del puesto. ¡Gandul! Maltrabaja...

Y la señora Longina y su Benjamín se fueron a la calle, dejando tranquila a la enamorada pareja.

—¡Siempre se tiene que ahogar el último mono— murmuró compasiva la Patro.

—Hay que perdonar su mal genio. La pobre está repodrida después de haber criado once hijos. Anda, cuéntame lo que te dijo don Julián.

—¡Que todo eran ilusiones que s'han convertido en agua de cerrajas! ¡Qué pena tan grande he sentido, Sandalio de mi alma! ¿Por qué Dios no me da un hijo? ¿Por qué a unas tantos y a otras ninguno? ¡Me muero de envidia cuando veo a una mujer con su pequeño en brazos! Ayer cogí a Manolito, el de la Cristeta, y le lavé de arriba abajo, poniéndole más reluciente que el oro... ¡Cuando su madre vino a buscarlo me sorprendió arrodillada delante el chico, contemplándole como si fuera un santo!

—¡Si vendemos los lulús y el *pekinet* nos iremos al santuario que dice la señá Digna, y de rodillas y en cruz le vamos a pedir los dos que la Virgen nos haga un milagro.

—¡Con más fe que se lo he pedido a la Paloma!

—¿Sigues tomando el agua de la fuente de San Isidro?

—Ya me llevo bebidos más de diez botijos, y que si quieres arroz, Catalina...

—En seguida te cansas de todo y hay que tener paciencia, morucha. Mira, ahí viene la beata—dijo Sandalio señalando el patio—. Yo me voy a dar una vuelta por la perrera, porque el “Unamuno” me tié muy preocupado—. Besó con amor a su desconsolada mujercita y desapareció por una de las puertas de la sala; por la que daba al patio entró deslizándose como una sombra la señora Digna. En su boca lucía una amable sonrisa. Sus manos, cubiertas con guantes de lana, sostenían un libro de misa y un enorme bolso de piel negra. Su voz era dulzona y reposada, y la mirada de sus ojillos pardos, cuando trataba de convencer, se tornaba acariciadora y humilde.

—¡Santas y buenas tardes nos dé Dios!

—Pase adelante, señá Digna, pase y siéntese, haga el favor.

—¿Qué te dijo el médico?

—¡Que eran ilusiones engañosas ná más!

—¡Todo sea por los clavos de Cristo!

—¡Estoy desesperá!

—¡Conformidad con la voluntad del Señor, Patrocinio!

—¿Vió usted a sor Carlota?

—El asunto ya está arreglado. ¡Claro que saliendo yo responsable! Si no, imposible.

—¡Muchas gracias!

—Te darán a elegir... Los hay muy monos.

—¡Ángeles míos! ¿Y qué tenemos que hacer para traérmelo en seguida?

—Firmar un documento. Pero esos trámites ya te los arreglaré yo con sor Carlota. Te tienen preparada una nena de veintidós meses que es un encanto.

—¡Una niña!

—Déjate de chicos, que son muy traviesos! Una nenita será una compañía muy grande para ti.

—Con sólo oírse la nombrar salta mi corazón dentro del pecho...

—¡No te emociones tanto, mujer de Dios!

—¡Mire usted, señá Digna, que si después de estar encariñá con la chica vienen y me la quitan, me muero de pena!

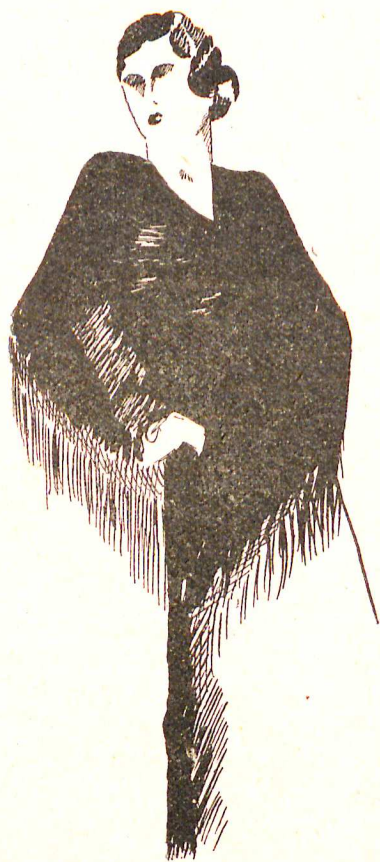
—Cuando las depositan en el torno es para siempre. No tengas miedo. Pero, bueno, y a todo esto, ¿qué dice tu marido?

—No he querido decírselo fijamente hasta saber la opinión de don Julián sobre aquéllo...

—Mira que si después de haber dado tantos pasos nos sale con que no quiere en su casa hijos ajenos, ¡buena la hemos hecho!

—Estése tranquila, que Sandalio accederá a ojos cerrados... ¿Cuándo podemos recogerla?

—Dentro de una hora pasas por mí, y, como ya le habrás endosado la píldora a tu esposo, nos vamos juntas a la Inclusa, coges a la chiquilla y a casita con ella. ¿Entendidas?



—Entendidas.

—¡Pero si estás temblando! ¿No querías un hijo, fuera como fuera? ¡Pues un hijo vas a tener, sin las molestias de traerlo al mundo!

—¡Tiemblo, no sé por qué!

—Encomiéndate a Santa Raimunda, abogada de las decisiones repentinas, y échate a dormir tranquila hasta que la niña sea mayor. ¡A mí la Gorita me quita el sueño! ¡Tengo unas ganas de verla profesar para que mi espíritu descanse!

—¡Pero si su sobrina sólo tiene doce años!...

—A los quince la zampo en el convento, y a vivir... Bueno, Patrito, hasta luego, y calma, mucha calma...

La señora Digna volvió a deslizarse silenciosamente, desapareciendo como una sombra por la puerta del patio.

Al verse sola, la Patro miró con amor al cuadro de la Virgen de la Paloma que había colgado sobre la cómoda, y encarándose con la venerada imagen, le preguntó muy seria:

—¿Hago bien o hago mal en sacar a la niña, Virgencita mía? ¡Parece que me sonríes! ¡Hago bien, puñales! Y decididamente se encaminó hacia la perrera, donde Sandalio estaba cuidando al "Unamuno".

II

Gorita, la sobrina de la señora Digna, era una chiquilla inocentona y alegre; su carita, sonrosada como una manzana, lucía unos bellísimos ojos negros y una boquita roja que reía por cualquier cosa, tuviera o no tuviera gracia...

Gerineldo, desde el quicio de la puerta, la animaba a pasar.

—Anda, entra, que te tengo que decir una cosa...

—¿Y si sale tu cuñada?...

—No te va a comer; la Patro es muy buena...

—Ya estoy dentro la sala. ¿Qué se te ofrece?

—Quiero que me des la contestación de aquéllo...

—¡Que sí!

Y al dar esta significativa respuesta Gorita bajó los ojos avergonzada.

—¡Pues ya somos novios!

—¡Por Dios, que no lo sepa mi tía, porque quiere que sea oblata...

—¿O qué?

—¡Monja, hombre, monja!

—¡Tú qué vas a ser monja viviendo yo en el mundo!

—La otra tarde, porque hablé contigo en el patio, se puso furiosa. “¡Con el perrero, gritaba hecha una leona. Mañana, sin falta, a confesarte con el padre Macario!”

—¿Y qué te dijo el cura?

—Que aun soy muy pequeña pa esos jaleos, y que no me fiara de ti, porque un perrero no puede hacer más que perrerías.

—¡Mira qué gracioso es tu confesor! Oye, Gorita, ¿tú vas mucho al cine?

—Con tu cuñada algunas veces.

—Pues ya habrás visto que tos los novios se besan...

—Sí; pero me da vergüenza.

—Cierra los ojos y no lo ves...

—¡Muy largo, no! Y al decir esto la linda chiquilla, cerrando los ojos, le presentaba su boquita roja al píllo de Gerineldo.

—¡Qué güeno está!

—¡Mirar qué monos! ¡Pequeñitos, pero aprovechaditos!—dijo la Patro desde la puerta de la sala.

—¡Ay, Virgen mía!

—¡Mi cuñada nos ha cortao la cinta!

—¡Yo no quería, señá Patro! ¡Yo no quería!

—¡Tié gracia! Todas las mujeres decimos lo mismo cuando nos sorprenden. Tú no querías, pero le alargabas el hociquito. ¿Verdad, monada? ¡Anda pa dentro, don Juan Tenorio! ¡Pa que te fíes de los sosos! Te pareces al tío Zamarra, que parece que se cae pero se agarra...

—¡No se lo cuentes a madre ni a Sandalio!

—¡Por mí, ya pués besar ni quieres a la estatua de doña Berengüela, que está en la plaza de Oriente. Lo que yo no quiero es compromisos en mi casa. La señora Digna tiene miras religiosas pa su sobrina, y no vaya a creerse que aquí se le tuerce la vocación... ¿Pero no oyes que te vayas a ayudar a tu hermano, que está cantándole el gori-gori al “Unamuno”?

Gerineldo, sonriendo picarescamente, se encaminó hacia la perrera; Gorita lloraba silenciosamente en un rincón.

—¡No llores, que la cosa no es pa un duelo...

—¡Como Geri se empeñó, y una no sabe...

—¡Mira qué guapa! Lo que tú no sabes es ladrar, porque no se estila.

La Patro se quedó de repente callada, porque en el patio se oyeron unos gritos...

—Es que el señor Aligustre le está pegando a su mujer.

—¡Qué tío más bruto es ese guardia. ¡Santo Dios!

La entrada de Gabriela, hecha un mar de lágrimas, interrumpió este diálogo.

—¿Pero habéis visto qué animal es mi marido? Porque le he dicho que las mujeres vamos a tener voto como los hombres me arreó un pie de paliza que me ha puesto el cuerpo hecho un puro cardenal.

—¡Es un analfabeto!—respondió la Patro con tono despreciativo.

La figura del guardia, en mangas de camisa, apareció amenazadora en la puerta del patio.

—¿Qué? Ya estás contando a tu amiga que eres una feminista de las que quieren usurpar nuestros derechos, y que a fuerza de palos quiero meterte en la cabeza que en mi casa no hay más pantalones que los míos?

—La Gabriela, como sabe mucho de letra, evoluciona con los tiempos...

—Pues mi mujer será siempre mujer, o la degüello. ¡Bonito estaría que entrara también en el Cuerpo de Seguridad, y que saliéramos los dos vestidos de uniforme a hacer la guardia! ¡Que no, nena, que no! Que la mujer siempre será la esclava, y nosotros los amos.

—¡Bien me decía mi señora, la vizcondesa, que no me casara con un hombre tan ordinario!

—A esa otra modernista le voy a decir yo cuatro verdades cuando me la eche a la cara, y se va a co-

mer uno a uno sus epítetos injuriosos; y ahora, tira p'alante, que me tienes que coser un botón en la guerrerera, porque me urge salir.

—¡Bruto, animal!

—¡No insultes, que empieza la juerga otra vez!

—¡Vete, Gabriela, vete; que a la que le toca un bolchevique en suerte tié que jorobarse y tragar quina.

—¡Como el perrero es tan fino!...—observó con sorna el guardia...

—En modales y en decencia, todo un caballero; mientras que usted, con perdón de las mulas, es otra mula. ¡Salvo el uniforme, se entiende, porque yo soy muy respetuosa con la autoridaz.

Como el señor Aligustre tenía mucha prisa, no pudo continuar la pelea con la chula, y la pobre Gabriela salió seguida de su tirano y de Gorita, que iba a cotillear en lo que quedaba aquella tragedia conyugal.

A los pocos minutos los gritos de un chiquillo hicieron poner de un salto en el patio a la hermosa cambista.

—¡Eh, tú, Cristeta, no le zurres así, mujer, que es muy pequeño!... Ven aquí, Manolico, hijo mío. ¡Qué barbaridaz! ¡Te ciegas!

—¡Señá Patro! ¡Señá Patro!—gemía el niño agarrándose a las faldas de su protectora...

—¡Arrastrao! ¡Te he de matar a golpes!—voci-

feraba la ofendida madre, y fué hacia él hecha un basilisco.

—¡Vaya, que no le pegas más!—dijo resuelta la Patro, poniéndose en jarras y luciendo su figura espléndida.

—¡Me da la gana de pegarle! ¡Es mío!

—Pues por muy tuyo que sea no tienes derecho a maltratarlo así.

—Se m'ha comido un pedazo de longaniza que tenía guardao pa la cena.

—Porque tendría hambre...

—Hambre la pasarás tú. ¡Nos ha reventao la fos-terriera esta!

—¡Hiena! ¡Inquisidora!—rugía la Patro—que tienes al pobre chico hecho una lástima, porque te vas de juerga to el santo día. ¡Anda, rico, métete ahí dentro con el señor Sandalio, que le voy a cantar las cuarenta a tu señora madre...

—¡Ladrona! Suelta a mi hijo, que como tú no los tienes robas los de las otras.

—La mía la primera, pa que sepas cómo las gasto—. Y la Patro le arreó a su vecina una bofetada tan sonora que el grito de dolor hizo salir de su casa al señor Hipacio y a Sandalio de la perrera. A duras penas pudieron separarlas los dos hombres, mientras Manolito lloraba como un berraco junto al pilón de la fuente.

—¡Pegarle por comerse un pedazo de longaniza!



—seguía vociferando la Patro—. Ahora querías tú que el angelito, teniendo hambre, la saludara desde lejos, como a la bandera.

—¿Pero volvéis de nuevo a la brega?—Y al decir esto el señor Hipacio se puso entre las dos mujeres, que iban a empezar de nuevo a zurrarse de firme.

—¡Por Dios, vengan ustés corriendo—gritó Gori-ta asustada—, que la señá Gabriela parece que está muerta!

—¡Le ha dado un mal golpe ese animal!—exclamó la cambianta—. Ande, señor Hipacio, usted que es enfermero, venga a ayudarnos.

Y la Patro y la Cristeta, olvidando su pelea, entraron caritativas en la casa del guardia.

—¡Mujeres!—murmuró filosóficamente el señor Hipacio—. ¡Vuestro corazón es de oro! Brotan en los buenos sentimientos como el agua purísima del manantial.

—¿Eso es de Concha Espina?—preguntó Sandalio.

—Es de Pérez Escrich—respondió, entrando en la casa de Gabriela, el buen enfermero—. Sandalio volvió junto a sus perros y Manolito, hecho una lástima, recogía la tierra del suelo, para hacer barro con ella en el pilón de la fuente. El patio de la antigua casa volvió a quedar tranquilo de nuevo.

Pasada una hora, cuando el crepúsculo empezaba a envolver en sombras a Madrid, salieron a la calle

dos mujeres y se encaminaron silenciosas hacia la Inclusa.

La puerta del triste edificio se cerró tras ellas, y cuando al poco tiempo se volvió a abrir, salió sola la más joven, apretando amorosamente contra su pecho una criatura.

—¡Ya estoy de güelta!—dijo, emocionada, al entrar en su casa.

—¿Qué es?—preguntó con curiosidad el marido.

—¡Una niña! Mañana tienes tú que ir a firmar en la Inclusa....

—Se echará la firma.

—¡Mira qué bonita es! ¡Alma mía, está en los puros huesos! ¡Lo que la voy a querer!

El señor Hipacio entró en la sala y miró sonriendo con lástima a la Patro.

—Cuando las mujeres quieren una cosa...

—Usté, que entiende tanto de medicina, venga a ver lo que le parece mi niña.

—Regularcilla... Muy desmedrada... Endeble..., floja. Os costará mucho criarla—. Este fué el diagnóstico del señor Hipacio, después de examinar a la nena.

—¡Podías haber elegido alguno más rollizo, mujer!—observó Sandalio.

—¡Rollizos allí! Por lo mismo que está encanijá me la traje, pa cuidarla yo, pa ponerla hecha un sol. ¡Mira tú si después de decirme la señá Digna

“Esta es la tuya”, me la iba a dejar! Si al oír que era mía la cogí con ansia, como quien coge un tesoro. Millonaria quisiera ser pa traerme a todos los desgraciados que viven en aquella tumba sin el calor de nadie. ¡Mi vida! ¡Mi prenda! ¡Mi reina!

—Amos, no te exaltes así—dijo Sandalio.

—¿Ves lo insignificante que soy? Pues me parece que de pronto me he güelto poderosa y que puedo desafiar al mundo entero. ¡Con un niño en brazos la mujer tié más valor que el Cid!

—¡Muy bien hablabo, Patrito!—Y el señor Hipacio, a la alabanza, unió el aplauso.

La presencia de la señá Longina cortó las expansiones de afecto delante de la niña.

—¿Pero es verdá que recogiste a un chico de la Inclusa?

—Sí, señora—respondió tranquilamente la Patro—, ¿qué pasa?

—¡Mira que traerte un hijo sabe Dios de quién! ¡Jesús qué gato esmirriao! Si parece una solitaria dentro de un frasco. ¡Pues no es nada lo que vais a tener que tirar de collera pa mantener ese hambriento ruso!

—Hambrienta querrá usté decir.

—Pa el caso es lo mismo. ¡Pero si está en la agónía! ¡Entiendo un rato muy largo de críos! Vais a sudar tinta pa sacarla a luz y a lo mejor os pasa después lo del refrán que dice: “Que quien da

pan a perro ajeno pierde pan y pierde perro...”

—Muy bien hablao, pero me da la gana de tenerla.

—Como le des tu educación va a dar gusto tratar a la niñita... Y ahora, de verano, suplicándote antes que no dejes de avisarme pa el sepelio de la quisquilla, porque le quiero mandar una coronita de ristras de ajos.

La señá Longina volvió a marcharse a su verdulería y la Patro se quedó llorando.

—¡No tiene corazón!

—En el fondo, mi madre se ha ido preocupada con la delgadez de la chiquilla. ¡La conozco de sobra!—dijo Sandalio.

Gorita entró llevando en la mano un jarro y un paquete.

—Aquí tiene usted un litro de leche y tres botes de fosfatina. ¡Ay, qué bonita es! ¡Cielo, ricura! Yo seré su chacha.

Gerineldo, con Manolito de la mano, entró en la sala y los dos se acercaron a la niña.

—¡Dice madre que es fea! ¡Si es blanca y rubia! ¡Si parece una flor!

—Se llama Azucena—observó Patro, sonriendo—. Así ponía una media tarjeta que llevaba cosida en la faja cuando la depositaron en la casa-cuna.

Gorita se arrodilló delante de la niña y, contemplándola con amor, murmuraba como un arrullo:

—¡Es talmente un ángel dormido! Igualito al de cuadro que tiene mi tía sobre la cómoda. Ven, Manolito, ven, y mira qué nena más preciosa.

El pequeño también se arrodilló para verla mejor... El señor Hipacio y Sandalio presenciaban la escena desde un extremo de la habitación.

—¡Me emocionan a mí estas cosas, amigo Hipacio! Se me ha puesto un nudo en la garganta y casi no puedo hablar.

—En “Reina y esclava” hay una lámina igual en el segundo tomo...

La Patro, con un acento dulcísimo, hablaba con la niña, como si ésta la entendiera.

—Nosotros lucharemos pa arrancarte de las garras de esa maldecía muerte que te ronda... ¡Si te salvamos, quiérenos mucho, encanto mío! ¡Míranos a los dos como si fuéramos tus padres!... ¡No nos abandones nunca, vida! ¡No nos abandones!

La nena abrió los ojos como si la entendiera... ¡Eran azules como dos pedacitos de cielo!

Manolito, besándole la manita con mucho cuidado, le decía muy serio:

—¡Qué bonita es la nena! Yo quiero besarla porque es mía. ¡Sólo mía!

III

Al empezar de nuevo nuestra verídica historia, Gabriela y el señor Aligustre estaban haciendo una visita en casa de Sandalio el perrero.

—¡Cuánto tiempo sin vernos, Gabrielilla!—decía la Patro con cariño.

—Tú estás igual de guapa que cuando os fuisteis destinaos a Zaragoza.

—¡Amos, no seas cobista! Mira tú si después de doce años y de muchísimas penas y fatigas iba a conservar el físico en igual estado. ¡Las ganas!

—Y usted tan cascarrabias como siempre. ¿Verdad, señor Aligustre?

—¡Mala fama que me queréis poner, ná más!

—Desde que ha ascendido a inspector se pelea hasta con su sombra.

—¡No pierdes ocasión de ponerme en ridículo! Y Sandalio ¿sigue vendiendo perros?

—Sí, señor; le tomó ley al oficio, y desde que se

hacen exposiciones caninas se gana bien la vida, porque cada día hay más afición a los chuchos de lujo.

—¿Y la señá Longina?

—Como si no hubiera pasao día por ella. El genio lo tiene aún más recrudecío, y ahora, para fastidiarnos de firme, nos obsequia de vez en cuando con unos ataques pilécticos que no sé bien si son fingidos o de veras.

—Debe ser muy vieja.

—Más que un palmar, pero pa la brega y el insulto, como si tuviera veinte años.

—¿Y Gerineldo?

—Ayuda a Sandalio en el oficio y muy pronto se casará con la Gorita, que está guapísima. La que se murió fué la Cristeta, y Manolo, que como sabéis es hijo de un señor de campanillas, al morir la tarasca de la madre su padre lo cogió bajo su protección y ahora estudia carrera; se ha hecho un real mozo y es listísimo.

—¿Te acuerdas cuánto lo querías de pequeño?

—Y le sigo queriendo, porque se lo merece...

—Bueno, y de la Azucena, ¿qué nos cuentas? Debe de estar hecha una mujer.

—Catorce años cumplirá mañana, si Dios quiere.

—¡Mucho debisteis sufrir con ella! Cuando nos marchamos a Zaragoza yo no hubiera dado dos cuartos por su vida.

—¡Quedaba en las últimas!



—¡Con la mortaja comprá! Se ha criaio como una flor de estufa. ¡Qué días más amargos hemos pasao en estos años! No sé cómo no se m'han secao los ojos de tanto llorar!

—Y además, la ruina que trae a casa una persona enferma.

—De eso, no hablemos. Desde que la entré por esa puerta en brazos hemos luchao como fieras pa defenderla de la muerte. ¡Todo lo que ganamos se nos ha ido en médicos y medicinas!

—Y al menos, ¿os salió agradecida?

—¡Mucho! ¡Y nos adora!

—¿Es guapa?—preguntó Aligustre con interés.

—Es talmente una princesita de la casa real. En la vecindad y en tó el mercao están locos con ella...

—¡Os tendrá embobaos!

—¡Chalaítos perdidos!

—¡Mi madre de corcho! ¡El Aligustre y la Gabriela! Vosotros por los Madriles—exclamó alegremente Sandalio desde la puerta del patio.

—Ayer llegamos y hoy, como ves, hemos venido a presentaros las credenciales.

Y después de enterarse Sandalio de la odisea del matrimonio por tierras aragonesas, volvió a recaer la conversación sobre el ídolo de la casa.

—¡Azucena! ¡Azucena!—gritó la Patro. Sal que te quieren ver unos señores...

—Ya salgo, madre—, respondió desde lejos una vo-

cecita de timbre dulcísimo. Estoy ayudando a Geri a vender la pata del “Tonino”.

—Es que ayer, un tío muy bruto que iba montao en una bicicleta, por poco nos mata al mejor galgo que tenemos.

—¡Ya está arreglado!—dijo alegremente la niña, apareciendo en la puerta de la sala—. ¡Animalito! Parece que lo entendía. Me lamió las manos después de curarlo...

Nunca estuvo mejor puesto un nombre que el de Azucena a la hija adoptiva de los perreros: blanca y delicada como la simbólica flor, todo era en ella candor y pureza.

—¡Si no se puede comparar el agradecimiento de un perro con el de las personas! Mira, nena, estos señores, que te conocieron de pequeñita, tenían muchas ganas de verte.

—¡Es guapísima!—observó Gabriela, besándola efusiva.

—¡Divina!—afirmó Aligustre con admiración.

—Muchas gracias—respondió avergonzada Azucena.

—En cuantito la llaman bonita se le pone la cara como un tomate—, afirmó Patrocinio.

—Nos ha costao muchos sudores criarla—dijo Sándalo acariciándola.

—Pero ahora don Julián ya les aseguró que estoy curada del todo, gracias a Dios.

—¡Hasta París de Francia la llevamos, porque nos

dijeron que había un médico que entendía mucho de niños!...

—Olvide lo pasado, padrecito, y ahora a vivir contentos y felices. ¿Tengo gana de comer y de jugar? ¡Pues ya estoy buena!

Entró Gerineldo en la visita y vuelta a los saludos y a las alabanzas del físico. Por fin se despidió el matrimonio con la promesa de volver al día siguiente, porque se celebraba el cumpleaños de Azucena y harían una miaja de reunión.

Cuando quedaron solos apareció Gorita, la sobrina de la señora Digna.

La chiquilla inocentona y risueña se había convertido en una muchacha guapísima.

—Oye, Gorita—le soltó de repente la Patro, sin darle tiempo a que saludara—. ¿Quién es esa señora tan encopetá que viene a tu casa vestida de luto?

—¡Por la gloria de mi madre que no lo sé! En cuantito llega me larga mi tía a la calle y cierra la puerta con cerrojo.

—Como fué doncella de casas grandes, será alguna señora a que sirvió—dijo Gerineldo.

La entrada del señor Hipacio viniendo a buscar a Sandalio para convidarlo a una caña de cerveza puso fin a la reunión.

Salieron los dos hombres a la calle, y ya sentados

en una mesa del bar “Cascorro” empezó el enfermero su interesante conversación.

—Como comprenderás, lo del convite fué un pretexto.

—¿Qué pasa?—preguntó intranquilo Sandalio.

—En concreto no lo sé bien, pero me parece que vais a sufrir una amargura...

—¡Eso es que don Julián t'ha dicho que la niña está grave! Y la Patro se me muere. ¡Se me muere!

—No va el agua por esa corriente, porque la pequeña está curada; Digna Cerote tiene frecuentes entrevistas con una señora de postín.

—Lo sé y también me saben a mí a cuerno quemao esos misterios.

—Yo, como si no hiciera nada de particular, entablé la otra tarde conversación con el chófer de la dama enlutada y le sonsaqué muchas cosas con habilidad detectivesca. Su señora se llama doña Beatriz y vive en Buenos Aires, viniendo de allí, acompañada de un caballero que se llama Paco, a resolver un asunto de gran interés en España.

—Bueno, pero si viven en la Argentina...

—Escucha con calma, que aun *nō* he terminado. Doña Beatriz y su amigo buscaron como locos a la señora Digna, porque *sólo ella* podía darles detalles de una historia acaecida en Madrid hace catorce años. Al fin dieron con la beata, y desde aquel día empezaron las entrevistas misteriosas. ¿Caíste ya?

—¿Y tú crees?...—preguntó con angustia Sandalio.

—Creo que esa dama tuvo un deslíz en su juventud, que después se largó a las Américas y que ahora vuelve por el fruto de sus amores culpables. Caso muy parecido en “Virgen y madre”, de Luis del Val.

—¿Y nos quitará a su hija? ¡Habla claro, por la Virgen Santísima te lo pido!

—¡Calma, que todo esto puede que sólo sean suposiciones mías! No hay que echarlo en seguida por la tremenda. ¿Tú no te acuerdas que cuando cogisteis a la niña te advertí que me escamaba mucho la intervención de la beata?

—¡Ella fué la que metió a mi mujer en aquellos trotes! ¡Ella la que le llevó a la Inclusa y le eligió a la niña! ¡Ella lo hizo todo! ¡Todo! ¡Merece que la ahorquen!

—No te apures así, hombre, que lo que sea sonará; pero me parece que el fuego graneao empezará muy pronto. ¡Y de todo lo hablao ni una palabra a Patro, porque como es tan nerviosa, podía echarlo a perder!

—¿Cómo agradecerte lo que haces por nosotros?

—¡Para algo me tienen que servir las novelas por entregas que me llevo echao al colete en esta vida y el cariño tan grande que le tengo a la pequeña!

Salieron los dos hombres del bar y se encaminaron a su casa tristes y preocupados.



IV

En la sala de la Patro la gente joven bailaba alegre al son de una guitarra y dos bandurrias, muy bien tocadas por tres chicos de la vecindad.

Azucena, más bonita que un sol y vestida como una elegante señorita, repartía pasteles y licores entre las amiguitas que habían ido a felicitarla. La Patro, radiante de orgullo, la seguía con la mirada, comentando con sus compañeras del mercado las bondades de su hija adoptiva.

—¡No me digáis que no parece una infanta de España, con esa blancura de nácar, el pelo tan rubio y unos ojos que son talmente dos turquesas de las finas!

Las otras seguían el coro de las alabanzas, que en aquella ocasión eran muy justificadas.

—A bailar este *schotis*, señores—gritaba Azucena, palmoteando. ¡Viejos y jóvenes que se busquen pareja!

—¡Olé lo castizo!

—¡Olé!—contestaron todos.

La respetable figura de un caballero seguido de tres señores más y una dama enlutada hizo que pararan de repente músicos y danzantes.

—¿Sandalio Ramírez?

—Servidor de usted.

—Desearíamos quedarnos solos con los dueños de la casa.

—Hacerme el obsequio de entrar un poco allá dentro—suplicó temblorosa la Patro a sus amigas, que no creo que sea muy largo lo que estos señores nos tengan que decir.

Los invitados, seguidos de Azucena, se retiraron llenos de curiosidad a las habitaciones interiores.

La dama enlutada tomó la palabra por primera vez dirigiéndose al caballero.

—¿Tiene usted la bondad, señor Juez, de exponerle a esta gente los motivos de esta visita?

—Con mucho gusto, señora. Y enseñando a la Patro y a Sandalio un pliego de oficio, preguntó con reposada voz: ¿Reconocen ustedes este documento que firmaron hace doce años, en el que dicen que se hacen cargo de una niña de veintidós meses, que fué depositada en el torno de la Inclusa de Madrid y que llevaba por señal una cruz tatuada en un brazo y una media tarjeta cosida en la faja con el nombre de Azucena y la fecha de su nacimiento?

—Sí, señor, que lo reconocemos—respondieron los dos con la voz velada por la emoción.

—Fernández—ordenó el Juez al Escribano—, anote usted que estos señores contestan afirmativamente a mi pregunta.

—¿Pero qué quiere decir todo esto?—observó con angustia la Patro.

—Sencillamente, que esa niña tiene madre, y que después de las comprobaciones que exige la ley en estos casos, esa madre la reclama basada en su legítimo derecho.

—¡Es mía! ¡Es mía!—rugió la Patro como una leona herida—. ¡Que venga a quitármela de los brazos si tiene coraje! ¡A ver quién es el guapo con reaños que se atreve a acercarse! Y la chula, puesta en jarras, desafiaba con la mirada y la arrogancia de su soberana belleza al Juez y a sus acompañantes.

—¡Por Dios, no se exalte así!—suplicaba la dama—. ¡Piense que es muy natural que una madre reclame a su hija!

—¡Tié gracia! ¡Ja, ja, ja! ¡Su hija! ¿Por qué es tuya? La tiraste al torno de la Inclusa, como tiramos nosotros a la alcantarilla los gatos que nos sobran...

—Repáre usted, señor Juez, que esa mujer grosera me está insultando—dijo con orgulloso desprecio la dama.

—¡Balas debían de ser mis palabras para que se

te clavarán una a una en tu corazón de hielo! Cuando te estorbó tu hija te desprendiste de ella abandonándola donde se mueren a montones, y entonces, tras de ti fué la chula descarada, la pobre obrera que se gana la vida trabajando, y recogiendo con amor lo que tú tiraste, lo cuidó con maternal cariño, dando el sudor de su frente pa mantenerla. Oyelo bien: mi marido y yo hemos pasao doce años llorando lágrimas muy amargas sobre su cuerpecito enfermo; hemos gastao todos nuestros ahorros en médicos y medicinas pa arrancarla de las garras de la muerte...

—Se les pagará triplicado lo que gastaron.

—¡Que nos pagará! ¿Y con qué se pagan las penas, señora? ¿Hay en el mundo oro suficiente para pagar las angustias que desgarran el alma?—Y al decir esto, los ojos de Sandalio se nublaron de lágrimas.

—¡Guárdate tus millones, arrastrá, que de nada te sirvieron pa ablandar tus entrañas de madre!

—¡Basta!—interrumpió el Juez con severo acento; llamen ustedes en seguida a la niña.

—¡No quiero perderla! ¡No quiero! ¡Verdugo, mal hombre!

—¡Perdónela, señor Juez!—rogó Sandalio—. ¡Nos destrozan la vida quitándonos a nuestra pequeña!...

—¡Ahora que has sabido que está fuera de peligro, me la quitas! Catorce años has pasado sin besarla, sin saber lo que era de tu hija, mala madre.

—Está usted equivocada; Digna Cerote, mi antigua doncella, me daba frecuentes noticias de la niña...

—¡Ah, la ladrona! ¡La perra, bruja! Ella me la hizo coger, con toda intención, pa que luego más tarde apareciera una señorona diciéndome tan fresca: Venga esa niña, porque las leyes me la dan. ¿Qué leyes de este mundo pueden arrebatarme una hija que me la he ganao palmo a palmo? La madre no es madre por traerlos al mundo: lo es después, por sus sacrificios, por sus desvelos, por sus lágrimas y por sus penas... ¡No llores tú, cobarde, que se la voy a disputar a navajazos...

—¡Por Dios, señor Juez! Estoy aterrada. Esta mujer es capaz de matarme.

—¡Patrocinio, si usted no se reporta, la mando detener!—observó el Juez severamente.

La pobre Patro cayó de rodillas, y con las manos cruzadas imploraba suplicante.

—¿Y no le da compasión de esta pobre hija del pueblo, desesperada de dolor?

—¡Sobre nuestros sentimientos, infeliz mujer, está nuestro deber, y ante él hay que ser inflexibles!

—¡Qué importan las leyes cuando hay un corazón dentro del pecho!

—Ande, sea razonable—dijo el Juez levantándola del suelo dulcemente—; cálmese y mande venir a

esa señorita, porque esta situación no puede prolongarse por más tiempo.

—¡Azucena!—llamó Sandalio desde la puerta de la sala.

—¡Que salgan todos!—gritaba la Patro—. ¡Que vengan a presenciar cómo me hacen jirones el alma! Pero, no; que ella está delicá y puede recaer si se emociona. Señor juez, déjeme usted que se lo diga yo dulcemente pa no asustarla. ¡Por Cristo crucifícao se lo pido!

Azucena y los invitados entraron en la sala.

—¿Es usted la señorita Azucena?—preguntó el Juez amablemente.

—Servidora de usted.

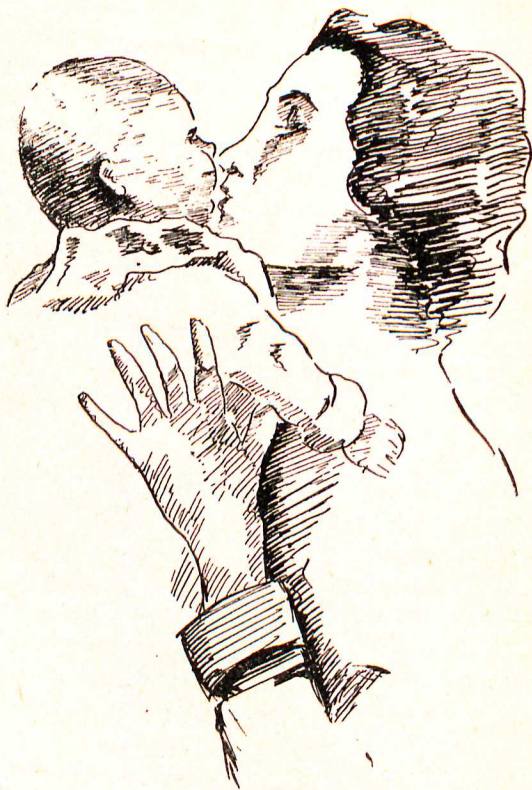
La Patro, haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, cogió de la mano a la niña y dijo sonriendo:

—Mira, peque, esa señora que está ahí es tu madre... ¿Sabes, vida? ¡Tu madre de verdad!

—Mi madre de verdad eres tú...

—No, señorita, no—interrumpió el Juez—. Esta buena mujer es la que hizo sus veces en la ausencia de la verdadera, que ahora viene, llena de cariño, a hacer su felicidad y a colocarla en la elevada posición que le corresponde...

—Mi hijita querida, mucho ansiaba este momento para estrecharte en mis brazos. Yo te prometo ser para ti la más amante de las madres. Y al decir



miguel angel

esto con voz melosa, la elegante dama estrechaba entre sus brazos a la niña.

—Siempre me han dicho que éstos eran mis padres, y éstos son—respondió fosca Azucena, separándose de su lado—; y si yo soy de verdad su hija, ¿por qué no vivía con usted, como deben de vivir todos los hijos con sus madres?...

—Ya te explicaré eso más tarde, nenita—respondió la señora muy turbada—, y a estas buenas personas que te criaron se les dará una crecida recompensa por sus desvelos.

—¡Cállese y no me provoque, porque delante de la chica le voy a cantar otra vez las verdades!—chilló la Patro furiosa.

—Vámonos—dijo el Juez, temeroso de otra nueva exaltación de la chula—. Más adelante, y más calmados los ánimos, se arreglarán las cosas... ¡Vamos, Azucena, vamos!...

—¡Padres!—gritó la niña hecha un mar de lágrimas—. ¡Yo no me quiero ir! ¡A mí no me importa ser rica, prefiero ser pobre a vuestro lado!

—No hay remedio, señorita. Obedezca..., no sea terca.

—¡Suélteme, rediez!—chillaba Azucena—, que no me da la gana de marcharme con nadie... ¡Madre! ¡Padre! ¡Manolo! ¡Geri, Chacha!... ¡No quiero, no quiero irme de aquí!

Entre la señora y el Juez se llevaron a la niña

por la puerta del patio. Los vecinos, con ese miedo invencible que infunde la Justicia al pueblo bajo, no se atrevían ni a moverse.

—¡Me la van a matar! ¡Azucena! ¡Hija! Vete tranquila—le decía la Patro a voces desde la puerta—. ¡No llores, vida, que estoy contenta!... ¡Sol! ¡Lucero! ¡Adiós, adiós, mi encanto!...

Se oyó la bocina del “auto”, que se alejaba veloz; la chula bravía, destrozada y con el corazón hecho pedazos, se abrazó al cuello de su marido, que lloraba como un niño.

—¡Como hace doce años, Sandalio de mi alma! ¡Nos quedamos solos! ¡La perdimos pa siempre!

V

Sandalio, el señor Hipacio, Gerineldo y Gorita hablaban animadamente en la sala de la Patro.

—Y tú, Gerineldo, ¿has sabido algo?

—¡El caos del misterio, señor Hipacio! Parece que se la tragó la tierra; llevo corrido Madrid, de cabo a rabo, y ¡nada!

—La única que podía darnos luz era la señora Digna, y ésa tomó las de Villadiego—observó Sandalio con desaliento.

—¡Se cegó tu mujer con ella! Sonaban las bofetadas como si fueran cohetes: ¡paf!, ¡paf!, ¡paf!...

—Con aquella amenaza de degollarla le entró a mi tía un pánico terrible, y no volvió a aparecer por casa...

—¡Rompió el hilo que podía llevarnos al ovillo!... Falta de tino de la Patro, Sandalio; falta de tino.

—Ella también lo ha comprendido así, y la anda buscando como loca.

—El peligro que hay es que la madre se haya largao a las Américas llevándose a la chica.

—¡No seas ave de mal agüero, Hipacio; porque entonces sí que la perdimos pa siempre!

—Se han disipao como el humo—dijo Gabriela apareciendo en la sala—. Aligustre fué a la Jefatura, y en ningún hotel de Madrid han parao esos señores; mi marido cree que deben de haberse marchao aquel mismo día en automóvil por la carretera.

—¡Ya sé dónde se encuentra la vieja beata!—gritó la Patro entrando en la casa.

—¡Olé las manolas con garbo!—jaleó entusiasmado el señor Hipacio.

—¡Habla, por lo que más quieras en el mundo!—suplicó Sandalio.

—Como hoy es sábado y me dijo Gorita que tiene la costumbre de confesarse siempre en San Cayetano, allí me fuí muy arrebuja en mi mantón y con un pañuelo muy echao a la cara. Llego, me escondo en una capilla y, al cabo de una hora de espera, me veo entrar a la vieja hipócrita muy de prisa; se santigua devota. ¡Maldita sea su estampa, tié la cara más dura que una piedra! Se acerca muy hupongo muy pegada a la otra reja de la garita, pa ver si pispo algo. Me desespero porque no se oyen más que murmullos y suspiros. ¡Qué aburridos de-



ben de estar los pobres curas de esas madre selvas de sacristía. De pronto habla el sacerdote. “¡Eso no es posible! ¡Usted tiene que contar toda la verdad, y no prestarse a semejante infamia...” No pudo oír más, porque bajó la voz; después se levantó la arpa y salió a paso ligero de la iglesia.

—¿Qué verdad sería esa?—preguntó Sandalio intrigado.

—¡Es preciso que esa mujer hable!—observó el señor Hipacio sentenciosamente.

—Yo, como comprenderáis, la seguí como una sombra; el corazón se me quería salir del pecho... Si va donde está mi niña, subo tras de ella y no hay quien me la arranque de los brazos. ¡Diez días sin verla!

—¡Diez siglos!—suspiró Sandalio—. ¿Y dónde se metió esa lechuza?

—En un convento muy antiguo, que se llama Santa Melindres. Al poco tiempo de entrar, yo llamé a la puerta y dije por el torno a la hermana portera: ¿Vive aquí doña Digna Cerote? “Sí, señora; pero no quiere recibir visitas.” Y me dió con la ventanilla en las narices...

—Hay que traer aquí a esa mujer—insistió tenaz el señor Hipacio—, y por ella sabremos todo.

—¡Cualquiera le saca del cuerpo a mi tía lo que tiene embuchado!

—¡Hay procedimientos muy seguros para hacer

hablar! En “Fe, Esperanza y Caridad” leí un caso de resistencia increíble... ¡Vamos a traerla aquí, sea como sea, que lo demás corre de mi cuenta!

La Patro, mirando con fijeza el cuadro de la Paloma, rezaba fervorosa.

—Anda, Hipacio, tú que eres el rey de las invenciones, discurre algo pa sacar a esa doña Brígida del convento—suplicaba Sandalio.

—¡Ya está!—gritó el enfermero triunfante—. ¡Tengo una idea estupenda!

—¡Cuála! ¡Cuála!—preguntaron con ansia todos.

—Oye, Gorita, ¿tu tía dejó en su casa ropas y objetos de valor?

—¡Tiene cosas divinas! Pañuelos de Manila, colchas de damasco, mantillas de blonda y mucha plata...

—¡Claro!—interrumpió la Patro—, como sirvió en tan buenas casas, robaba lo que podía.

—Lo que acaba de notificarme Gorita es magnífico para mi proyecto. En cuanto se haga más de noche vamos al convento; uno de nosotros se acerca al torno y le dice a la hermana portera que la finca donde vive doña Digna Cerote está ardiendo por los cuatro costados, y que los bomberos pusieron todos sus muebles y baúles en mitá de la calle, no pudiendo cuidarlos su sobrina, porque está medio muerta en la Casa de Socorro...

—Y mi tía viene escapada, porque es la mujer más avara que hay en el mundo...

—Si sale del convento, el traerla aquí es cosa fácil... Aquellas calles están muy solitarias, y yo tengo un amigo chófer que vale un Potosí pa casos policiacos. ¿Tenéis cuerdas?

—¿Sirven las de tender la ropa?

—Sí, señora. Vengan. Y dos pañuelos grandes de seda. ¡Muy bien—dijo el enfermero cogiendo lo que había pedido—. Y ahora, ¡a morir los caballeros y las damas a rezar!

—Si traemos con nosotros a la beata, avisaremos con dos silbidos—advirtió Sandalio desde la puerta.

Los tres hombres salieron y la Patro se quedó hablando con sus amigas sobre el mismo tema. Al poco rato entró Manolo, el hijo de la Cristeta. Su cara demostraba que tenía que contar algo de importancia.

—¿Viste al Escribano?—preguntó con ansia la chula.

—Sí, señora, y mediante el obsequio que le hice me contó cuanto sabía respecto a la dama enlutada.

—¡Habla pronto, por tu madre!

—Hace catorce años vino sola a Madrid la esposa de un marino americano. Esa señora, mientras que su marido andaba recorriendo los mares, tuvo un desliz con un caballero aristócrata que murió en un accidente de automóvil. De esos amores nació una

niña; a los pocos días de nacer la criatura, la madre recibió un telegrama de su esposo diciéndole que acababa de desembarcar en Cádiz. La infeliz señora toda acongojada, entregó su hijita a una doncella, cuyo nombre era Digna Cerote, y Digna la depositó en el torno de la Inclusa, poniéndola en una media tarjeta el nombre de Azucena, como le ordenó su ama.

—¡La hipócrita, la falsa!—interrumpió la Patro sin poderse contener.

—Como había anunciado, el marino llegó a Madrid al día siguiente; la dama fingió estar buena antes de tiempo y el matrimonio regresó de nuevo a la Argentina. Hace cuatro meses se quedó viuda esa señora y vuelve por la hija abandonada para llevársela con ella a lejanas tierras.

—¡Y tan lejanas!—dijo la Patro limpiándose las lágrimas—. ¡A lo mejor ya van por esos mares de Dios con mi niña de mi alma!

—No lo creo, porque al día siguiente volvieron esa dama y el caballero que la acompaña al Juzgado, a que el Juez les hiciera un certificado aclarando muy bien que Azucena era la niña depositada en la Inclusa por Digna Cerote. Dijeron que sin ese documento legalizado no podían emprender el viaje.

—¿Y se lo dieron?—exclamó con ansia la Patro.

—No, porque falta la señora Digna para que lo firme, y sin ella no se puede legalizar debidamente.

¡Y como no la encuentran ni viva ni muerta, no hay certificado.

—¡Aquí no hay más que coger a la beata por el cogote y hacerla cantar de plano! ¿Tendrán gracia esos tres hombres para engañarla y hacerla salir del convento?

—¿Pero saben ustedes donde está?

—Sí, hijo, sí; y esperamos tenerla aquí muy pronto.

—¡Entonces estamos salvados, señora Patro!

—¡Dios te oiga, Manolito!

Callaron todos y esperaron ansiosos el resultado de la estratagema del señor Hipacio.

De pronto se oyeron dos prolongados silbidos que hicieron dar un salto a las mujeres.

—¡Ya están ahí!

Gabriela y Gorita temblaban de emoción; la Patro y Manolo esperaban ansiosos cerca de la puerta la entrada de la beata; ésta apareció, por fin, entre Sandalio y el señor Hipacio; llevaba un pañuelo tapándole la boca y otro los ojos.

—¡Gerineldo, cierra la puerta con cerrojo! ¡Muy bien; ahora descubrirla, pero no desatarla las manos! Las órdenes del señor Hipacio fueron fielmente ejecutadas.

—¡No se asuste mi señora doña Digna, que está entre amigos!

—¡Socorro! ¡Socorro!



—Pronto, rellenarla la boca con trapos.

—Dame unos calcetines de ese cesto—gritó la **Patro**—, que un par se los meto yo a la fuerza.

—¡No, no, por Dios, que me callaré!

—¡Como vuelva usted a pedir socorro le corto una oreja! ¡Se lo juro por la gloria de mi madre!—
Y la chula, al prometerle esto, le enseñó unas grandes tijeras que había sobre la mesa—. ¿Dónde está mi chica? ¿Dónde? Responda volando.

—¡Te juro por lo más sagrado que no lo sé!

—¡Mentira! O dice todo o le saco los ojos, aun-
que después me ahorquen.

—Los martirios de la Inquisición van a ser pálidos ante los que aquí se le preparan—observó el señor Hipacio sentenciosamente. ¿Usted ha leído “La esposa adúltera”?

—¡Yo no leo esas cosas!

—Pues lo siento, porque allí hay un tormento admirable para estos casos!

—¡Una servidora no necesita más que las tijeras, pa dejarla hecha migas! ¡Venga! ¿Dónde está mi niña?

—Se la deben de haber llevado a la Argentina... No sé...

La Patro se acercó feroz a la beata; pero ésta, al sentir prisionera entre los dedos de la chula una oreja, gritó horrorizada:

—¡Suelta! ¡Suelta, que yo lo diré todo!

—¿Qué verdad te decía el confesor que nos dijeras, bruja infame?

—Que Azucena no es hija de la señora que vino por ella!

Con el asombro general fué acogida esta primera confesión.

—Y si no es su hija, ¿por qué me la quitó?

—La madre verdadera se murió hace seis meses en América, dejándole a Azucena una gran herencia.

—Y entonces, ¿qué pinta aquí esa tía intrigante?

—Como mi difunta señora, por no dar a conocer su pecado, sólo dice en el testamento: “Lego toda mi fortuna a una niña que, con el nombre de Azucena, fué depositada en la Inclusa de Madrid en tal fecha por una mujer llamada Digna Cerote, y en poder de la cual están los comprobantes de ser cierto cuanto digo.” Yo he visto con mis propios ojos la copia de ese testamento, que no sé por qué motivos está en poder de esa arpía...

—¡Clarísimo!—dijo el señor Hipacio—. Vienen a España por Azucena, se la llevan con un certificado del Juez, firmado también por la señora Digna. Esa estafadora declara que es ella la madre, porque la auténtica no habla nada sobre este punto, y se calza bonitamente la herencia de la chiquilla, que no debe de ser un grano de anís, cuando vienen desde tan lejos a por ella... ¡Clarísimo!

—¿Por qué tenía usted en su poder la media tar-

jeta que llevaba en la faja Azucena?—preguntó Manolo.

—Me la dejó mi ama para que, si algún día podía recoger a la niña, se la llevara a la Argentina.

—¡Pues buen cuajo tenía la buena señora dejándosela catorce años en el Hospicio!

—Mi ama sabía que estaba muy bien cuidada por vosotros, y, para que nada le faltara, me mandaba mil pesetas todos los meses—respondió la beata bajando humildemente los ojos.

—¡Ah, tía ladrona, y tú te quedabas con ellas!

—Si os la hubiera dado os hubiera tenido que confesar la verdad, y tenía mucho miedo a tu genio. Pero te juro que te las entregaré todas...

—¡Vieja infame! ¡Falsa! ¿Y por qué no vino nunca esa señora a ver a su hija?

—Porque estaba casada. La pobre sólo vivió un mes después de la muerte de su marido... Se marchó al otro mundo con la pena de no conocer a su hijita. ¡No tuvo tiempo más que para dejarla su fortuna, que es mucha. Esta es la verdad que me exigía mi confesor que les contara a ustedes.

—¿Y qué le dió esa arpía por su complicidad?—preguntó el señor Hipacio.

—Cinco mil duros, y la promesa de cinco mil más cuando llegaran a la Argentina.

—Esta bruja debe estar hinchada de pesetas—dijo Gerineldo con asombro.



—Pues ha de saber, mi señora doña Digna—observó el señor Hipacio—, que si la Justicia toma cartas en el asunto no le quita a usted de encima siete u ocho años de cárcel ni el mejor abogado de Madrid. Abuso de confianza, robo, falsedad en documento judicial...

—¡Tener compasión de mí! ¡Os lo pido por Azucena!

Unos fuertes golpes en la puerta del patio asustaron a todos. Patro, sin miedo, abrió el postigo de par en par. La dama enlutada y el caballero entraron amenazadores en la sala.

—¿Dónde está mi hija?—preguntó—. ¡Devolvedme a la niña!

—¿Qué hija tiés valor de pedirme, so ladrona? ¿Qué has hecho de esa pobre criatura que con engaños me robaste? ¿La habéis asesinado entre tu amante y tú, canallas, bandidos?

—Reprima sus insultos, buena mujer—dijo el caballero—. La niña estaba con nosotros en un hotel de Chamartín de la Rosa, y en un descuido nuestro se escapó por una ventana que daba a la carretera, y como creemos que será para volver junto a ustedes, aquí hemos venido por ella.

—Esta señora—observó con calma el señor Hipacio—ha cometido una falta penada por el Código, al decir que era madre de Azucena siendo mentira.

—¡Y lo soy! Pruébeme usted lo contrario.

—¡Criminal!—exclamó la Patro echando lumbre por los ojos—; sabemos toda la historia por la señora Digna.

—¡Esa mujer miente!

—Tenemos un certificado del Juez en que dice que esta señora es madre de Azucena—dijo el caballero con firmeza.

—¡Mentirosos!—gritó la beata desde el rincón donde estaba escondida. Yo no lo he firmado aún, y estoy dispuesta a jurar sobre los Evangelios que Azucena es hija de mi antigua señora, y que ustedes, con falsedades, querían robar la herencia de la niña.

—¡Vieja infame!—escupió la señora en la cara de la beata. Tú te has puesto en combinación con esta miserable familia para quitarme a mi hija.

—¡Abrir, padres! ¡Abrir!—gritó Azucena desde el patio.

—¡Hija de mi alma!

—¡Padrecitos!—entró diciendo Azucena, medio desfallecida—. ¡Me querían llevar muy lejos para que nunca más os viera, y me escapé...

Sandalio y la Patro besaban a la niña con ansia loca.

—¡Aquella mujer tan antipática no era mi madre! ¡Lo oí todo una noche detrás de una puerta!

—¡No, hija, no; tu madre lo seré yo para siempre, porque la verdadera la tiés en el cielo!

—¡Decían que soy muy rica!

—¡To pa ellos; nosotros sólo te queremos a ti, prenda mía!

—¡Ay, Dios mío!—gritó la niña con terror—. ¡Que están ahí esa mujer y ese hombre! ¡Esconderme, que no quiero que me lleven!

—¡Qué te van a llevar, amor mío! ¡Pronto, echarlos en seguida a la calle, que la niña se asusta.

—Pueden ustedes tomar la del dos, con viento fresco, y no volver a poner los pies en este barrio...—y al dar Sandalio este buen consejo les señalaba la puerta de la calle.

—Que con los datos que tenemos no necesitamos más para reclamar la herencia—observó el señor Hipacio amablemente.

—¡Miserable gentuza!

—¡Beso a usted los pies, señora!

—¡Vamos, Beatriz, vamos!

—¡Devuélvame los cinco mil duros que le di, vieja falsa!

—¡Los echó en el cepillo de las ánimas—respondió Sandalio riendo.

—Largo, a timar a otra parte. Cierra la puerta, Gerineldo. Tú, Gorita, quema un poco espliego pa purificar la amósfera...

—¡Buen viaje—gritó Gerineldo dando un portazo.

—¡Qué contenta estoy, padrecitos!—murmuraba



Azucena—. Todos seremos ricos... Gerineldo se casará con la Gorita...

—¿Y de mí, no te acuerdas?—preguntó sonriente Manolo,

—¡Tonto! Tú y yo nos casaremos cuando sea mayor...

—¿Y entonces nosotros...?

—Mis padrecitos, que tanto me han cuidado y tanto me quieren, vivirán siempre con su Azucena, con su princesita rubia.

La Patro, como doce años atrás, volvió a cogerla sobre sus rodillas y contemplándola amorosamente le decía con voz dulcísima:

—¡Mi vida! ¡Mi reina! No nos abandones nunca, sol mío! ¡No nos abandones!

Los ojos azules, como dos pedacitos de cielo, miraron con infinito amor a su madre adoptiva.

24 abril 1930.

FIN DE LA NOVELA



**Farsa y licencia
de la
Reina Castiza**

por

**Don Ramón
del
Valle - Inclán**

**ESTA CONTENIDA, CON
OTRAS FARSAS, EN**

Tablado de Marionetas

5 pesetas

**CIAP.- Librería Fernando Fe
Puerta del Sol, 15 - MADRID**